CULTURA LIBERTARIA

Año II.--Núm. 14 | BARCELONA, 12 DE FEBRERO DE 1932 | Redacción y Administración: Urgel, 42 (prov.)

La protesta por las deportaciones

El Gobierno, perseverando en su política represiva contra la clase trabajadora, ha deportado a más de un centenar de compañeros, no sabemos a dónde.

Semejante medida fija un precedente monstruoso que la Confederación ni los trabajadores que no pertenezcan a este organismo pueden ni deben aceptar.

La protesta, pues, debe hacerse sentir al Gobierno. No podemos consentir que en España se practiquen los métodos que emplea el Gobierno portugués para "quitarse de encima" a sus enemigos. Los deportados deben volver a sus hogares.

España entera debe protestar. El proletariado, en primera línea.

AFIRMACIONES

ANTE LOS HECHOS

No en vano, como se ha dicho siempre, una decisión de hechos vale a menudo por diez lecciones de teorías.

Pero lo mismo en el caso de la propia afirmación de que un hecho vale por diez lecciones de teorías, como en el caso contrario, o sea de que las teorías han de prolongarse con los hechos, resultará siempre que lo más lógico y natural sería hermanar en todo momento lo que se dice con lo que se hace.

Pero no queremos entretenernos tirando golpes contra el agujero. Es perder lastimosamente un tiempo que necesitamos para otras cosas, prácticas y útiles, que pueden servirnos, además, para adelantar, aunque sea poco, en el camino de las realidades.

Desde hace mucho tiempo venimos sosteniendo un punto de vista que reputamos el más acertado y el más lógico en el desenvolvimiento normal de nuestra organización. Se trata, sencillamente, de mantener, frente a todo intento de mediatización, la plena independencia, la libertad absoluta, la integridad más completa en la actuación confederal. Queremos que la organización, siguiendo la trayectoria que ella se traza en sus Congresos y reuniones, actúe dentro de lo que sus propios acuerdos determinen.

En diferentes épocas y también por diferentes procedimientos se ha querido mediatizar a la Confederación Nacional del Trabajo. Organización creada por el esfuerzo y el sacrificio de todos, cuando ha llegado a ser una promesa, cuando ha representado un valor entre los factores colectivos determinantes de una posibilidad social en cualquier sentido, se ha querido dominarla, someterla, hacer de ella un instrumento de minorías que a caballo de la Confederación han soñado con poder realizar lo que de otra manera estaba más verde que las uvas de la fábula de la zorra.

Se nos dirá que esto es lógico. Que el enfermo busca la salud allí donde cree hallarla. Como el débil busca la fortaleza en aquel que supone poseerla. Pero si esto es verdad, tan verdad como pueda ser esto, es lo otro: que lo que ha de ser mediatizado reacciona contra el intento y proclame su independencia más absoluta frente a quienes traten de someter la ley de legítima defensa.

La Confederación, hoy, es buena pieza. Es, como diría un buen catador de salsas, *bocado di cardinali*. Pero ese manjar exquisito, que todos ambicionan, que todos quieren, que todos anhelan, debe el aroma, el gusto y el sabor que la caracterizan, a sí mismo, a sus condiciones y cualidades, a sus propias virtudes y no a virtudes prestadas. Ha crecido en virtud de su propia savia; se ha desarrollado en virtud de su propia vitalidad. Quiza es por esto que los intentos de domeñarla y hacerla servir para toda clase de combinaciones son cada día más asiduos y más constantes. Pero frente a ellos, los que no estamos dispuestos a verla convertida en precio del celestinaje ajeno, continuamos manteniendo la bandera de la independencia confederal. La Confederación ha de actuar por sus propias determinaciones. Todo lo que no sea mantener la plena independencia confederal, frente a las demás organizaciones, a todas sin distinción, nos causará daños incalculables, aparte que nuestra organización perderá con ello su virtualidad creadora.

Es una realidad que todos vemos. Es un dolor que todos sentimos. Pero como no son los ayes!, las quejas y los lamentos los que han de remediar la dolencia, sino la terapéutica radical que evite a fondo la enfermedad, es necesario que la propia organización, empezando por los Sindicatos y terminando por los Comités confederales, afirmen si están dispuestos a aumentar la independencia de la C. N. T. frente a toda mediatización que contra ella se intente.

Y precisa más que lo hagan y determinen su actitud, porque tras los representantes más o menos autorizados de la organización está el núcleo de trabajadores sobre el que ésta afirma su predominio espiritual y está, además, la influencia que las actividades de la Confederación proyectan en la totalidad de la vida del país.

Y luego hay algo más superior a todo esto: la propia dignidad. Deja de tenerla una organización como un individuo, cuando aceptan el tutelaje. Tutela por parte de uno, quiere decir incapacidad, insolvencia, inferioridad por parte del otro. Quiere decir que uno tiene el derecho de mandar y otro la obligación de obedecer. Que el uno es el general que da órdenes, bien acomodado en los despachos del cuartel general y a cubierto de peligros, y el otro es el soldado que se bate en las trincheras, arrostrando el frío y el calor, todas las incomodidades, al par que bordea los más extremantes peligros. Quiere decir por último, a fin de no abusar de las comparaciones, que el uno lo es todo y el otro no es nada.

Si la Confederación quiere ser esto, allá ella con su responsabilidad! Si los seiscientos mil adherentes efectivos que la componen se resignan al triste papel de lacayos, servidores y criados de mosiénantes con su pan se lo coman. Lo único cierto es que de esos seiscientos mil habrá uno, ¡por lo menos uno! que no aceptará un protesta tan bajo como antipático papel. Ante los hechos hay que hablar con claridad meridiana.

ANGEL PESTAÑA

EL ATENEO SINDICALISTA

Un crisol para las ideas anarquistas

Al anunciar la aparición de CULTURA LIBERTARIA, afirmábamos que nuestro propósito era el de criticar y analizar cuantos hechos se produjeren en la lucha social y en el movimiento obrero. Claro está que llamos a realizar nuestra labor no como simples espectadores sino como actores que tenjamos de la vida y de la sociedad un concepto y que nos preocupamos para hallar una forma de convertirla en práctica. Es decir, adoptada por nosotros una proposición hemos de realizar de acuerdo con ella una labor que tienda a la consecución de nuestros propósitos.

¿Cuáles son éstos? El manifiesto de agosto nos coloca claramente en una situación sobre la que no pueden caber dudas; era el momento de decir sin rodeos y ambajes lo que opinábamos sobre aquel momento de encono social y de lucha política y pretendimos hacerlo.

Los meses transcurridos, ínfima cantidad en la medida del tiempo; pero por los sucesos acaecidos, tiempo suficiente para contrastar conductas y procedimientos, tácticas y actuaciones, nos han demostrado que nuestra razón tenía sólidas bases y que para no malograr las cada día mayores posibilidades revolucionarias, dada la desmoralización en aumento constante de las intituciones nacionales y en términos generales de la situación del capitalismo mundial, en trance de prueba definitiva, sería preciso con emoción romántica, mas con los pies prietos en el suelo apurar las organizaciones sindicales para que rindieran el máximo esfuerzo de que son capaces, dotándolas al mismo tiempo de las condiciones indispensables para destruir una formula que muere, y ser la garantía de una sociedad que va a nacer.

Sin definiciones que por dogmáticas nos sublevan, entendíamos entonces y seguimos entendiendo que la concepción anarquista de la vida había logrado en sus determinaciones económicas una posibilidad de éxito. El sindicalismo revolucionario inspirado en la filosofía anarquista tiene ahora su momento para aprovecharse de las crisis y desorden social del régimen capitalista tratar de ensayar su sistema económico: el comunismo libertario.

Ni que decir tiene, pues, que todos nuestros proyectos y manifestaciones tienden a ese único objetivo: la revolución social para la implantación del comunismo.

Todo en la vida es organización, ordenamiento, regularización sin lo cual no puede haber ni acción constante y formal ni éxito. Y no es que tratemos de hallar para el servicio de la revolución la solución detallada de todos y cada uno de los problemas que ella plantea al sindicalismo y al anarquismo; pero sí consideramos imprescindibles un mínimo de garantías que aseguren al mismo tiempo que el triunfo material del gesto, la posibilidad de suplir con ventaja y con la mayor eficacia la función de las actuales instituciones y organización social.

Deseamos y nos afanamos poniendo a contribución toda nuestro esfuerzo para que la revolución social se realice cuanto antes; pero no queremos que se pierda un solo momento, ni que sea inútil cualquier actividad a su logro aplicada y precisamente por ello cada día que tarde la revolución en ser sentida y realizada sea un día aprovechado para aquello que va más allá del período de destrucción. Entendemos que maduras las cosas para la revolución, mientras ésta no se logre producirla, hay que seguir preparando hombres e ideas para que después, de la revolución y por que la transformación y el adblanto que se logre sea cuanto mayor posible mejor.

Diez años de persecuciones y dictadura han impedido realizar una mínima labor cultural y si no en las individualidades, en las multitudes el progreso moral debido a nosotros es nulo. Y aún en los mismos individuos militantes activos de hoy, pero de una generación que por imperio de las circunstancias han debido ser más revolucionarios que anarquistas, se nota en gran manera la falta de aquel mínimo de condiciones que si permiten al hombre rebelarse no es por el solo instinto de libertad y de justicia sino también y mucho por los dictados del cerebro que le demuestran no la irregularidad del vivir presente sino también la forma normal y regular de un vivir más armonioso y feliz por la especulación sobre todas las cosas y correspondencia más lógica con los hechos naturales de la vida universal.

Preparando la revolución social y estudiando mientras se produce la organización de la vida futura, creemos que siendo el sindicalismo el instrumento de aquella y la organización económica de ésta el sindicalismo, debemos dar en prioridad nuestros esfuerzos y nuestra inteligencia.

El Ateneo sindicalista que vamos a fundar tendrá, pues, esa misión. Reuniremos el esfuerzo de todos, la inteligencia de todos, el afán de todos para que fundidos esfuerzos, inteligencia y afán, podamos ofrecer a la revolución social y a la realización económica del anarquismo lo que valiere nuestra actuación común.

El Ateneo sindicalista será el crisol que fundirá la actividad de todos los anarquistas que consideran a la organización sindical como la organización apta y eficaz para realizar la transformación económica indispensable al normal desarrollo de la personalidad humana y el instrumento suficiente y garante de la producción.

En el Ateneo sindicalista, como órgano de cultura proletaria al servicio de los ideales de la Confederación Nacional del Trabajo y como lazo de unión entre los anarquistas militantes de la misma, cabrán todos aquellos hombres asalariados o que vivan exclusivamente de su trabajo y que entiendan que las organizaciones obreras al mismo tiempo que instrumento de la lucha de clases son capaces, por la organización que pueden alcanzar, de asegurar en el mañana liberado un mínimo de garantías para la vida material que haciendo fácil y feliz el sistema económico del comunismo libertario aseguren la evolución gradual hacia la sociedad anarquista.

DEL MOMENTO

Anarquismo y sindicalismo

No hay doctrina filosófica, no existe concepción de la vida que haya sido más violentamente y más pérfidamente combatida que la anarquista. Contra ella se han convertado los socialistas y la burguesía y contra los anarquistas se han empleado los más duros procedimientos represivos.

Y, sin embargo, cuantas objeciones se han hecho, y todas las refutaciones que se han ensayado, no han podido destruir ni una sola de sus bases, ni uno solo de sus principios fundamentales.

No es, pues, ni la violencia ni la perfidia el enemigo más temible de la filosofía anarquista.

Mas necesario será reconocer que el movimiento anarquista y muy principalmente el de los anarquistas españoles, atraviesa un grave y prolongado período de crisis.

¿Causas? Muchas.

Sería prolijo enumerarlas; pero es preciso atenderlas, porque de ellas se derivan males gravísimos que en manera alguna pueden mirarse indiferentes.

Ya sé que al tratar no de juzgar, que tal vez esto puede estar vedado, sino de analizar los conceptos anarquistas, y los hechos de los anarquistas, queda uno expuesto a muchos dicterios, pero sé también que el no hacerlo es contribuir a que la perfidia y la violencia se cebien en las ideas y en los hombres que las sostenían.

Mi derecho a ejercitar este análisis se funda en que la Anarquía no es una religión, no tiene como base una revelación, ni principios dogmáticos y, de consiguiente, resume en natural síntesis la esencia de la idea de la Libertad. Los hombres que la interpretan, aquellos que han sabido concebir a una del individuo como miembro de una colectividad, como ente social capaz de una convivencia basada en el mutuo acuerdo, no tienen vida privada, no pueden negar a nadie la observación de sus gestos.

Idea e idealistas, cuando del anarquismo se trata, quedan permanentemente expuestos a la mirada de todos y al concepto público. Y sin más preámbulos, entiendo que una de las causas que más intervención tiene en la crisis del movimiento anarquista se halla en la interpretación falsa de la revolución y del sindicalismo revolucionario cuando se le considera como simple instrumento de aquélla y como su único objetivo. Y ello porque provoca una pugna al evaluar la suficiencia del sindicalismo y de la revolución, que absorbe la atención toda de los anarquistas sin permitirles disponer del tiempo necesario a la especulación intelectual sobre todas las actividades del individuo y los fenómenos sociales. El fin hacia el que tiende la Anarquía es el de la instauración de un medio social en el cual cada individuo goce de la mayor suma de felicidad que en cada momento sea capaz de proporcionarle el progreso.

Es indiscutible que el desarrollo del cerebro y de consiguiente el mayor poder de la inteligencia del hombre ha provocado una evolución general enormemente acelerada en las relaciones políticas y sociales, con un mayor respeto al individuo y a su libre determinación. Asimismo ese poder de la inteligencia ha impulsado un desarrollo tal en todos los aspectos de la producción, que la vida material de la humanidad puede hallarse, con un mínimo esfuerzo, ampliamente asegurada.

El régimen social, económico y político presente no corresponde a la evolución y progreso alcanzados, ya que no permite aprovechar en su totalidad las posibilidades de bienestar material y de libertad posibles en este momento.

La misión del anarquista debe ser procurar la instauración del medio social que permita el disfrute de los hoy posibles aprovechamientos. Y como no es concebible la libertad política con sujeción económica, la realización del ideal consiste en organizar la producción, el cambio y el consumo y en dotar al país de un régimen político y social que se corresponda con aquella organización.

Apreciación unánime por fundamental: la igualdad y la libertad económicas tienen en el comunismo anarquista su realización después de la revolución social que destruya el sistema actual.

Los anarquistas han logrado que el sindicalismo acepte como finalidad propia la implantación del comunismo como sistema económico y que su actuación tienda a responder cada día más a las concepciones libertarias, pero sin que todas esas conquistas signifiquen el haber logrado también convertir en una colectividad anarquista a los obreros afiliados a la C. N. T.

Por ello, la transformación económica que realice el sindicalismo implicará la instauración del comunismo, mas no será la nueva forma social la de la sociedad anarquista tal como pueden concebirla los que de la vida poseen un estudio más completo que los demás.

De aquí que consideremos que para evitar en la medida de lo posible la intervención de toda clase de autoridad sea necesario que la organización sindical posea el control de la producción para que, señaladas por la colectividad las exigencias del consumo, pueda, regulando el trabajo, abastecerla de los productos necesarios y ser la garantía inmediata del nuevo sistema económico y la de que la producción no ha de sufrir interrupción ni quebranto tales que hagan peligrar las conquistas logradas. Creemos, pues, lógico pretender y conseguir que la organización sindical alcance la eficiencia necesaria para triunfar en la revolución social al mismo tiempo que dotándola de los órganos indispensables obtenga la flexibilidad necesaria y conveniente a su función post-revolucionaria.

El propósito es el de aplicar a la C. N. T. no una nueva estructura, sino un complemento que le permita ser hoy instrumento de la revolución e inmediatamente después organismo que al servicio de la colectividad logre una fácil administración del trabajo y de los productos en relación natural con los organismos que para la garantía de las demás actividades individuales y colectivas distintas a la de la producción sería preciso crear.

Si los anarquistas nos hiciésemos el propósito de simultanear nuestra actividad en el sindicato y en el grupo, considerando que en éste hay idoneidad y en aquél elementos heterogéneos, es muy posible que el contenido anarquista en el sindicalismo aumentara rápidamente y que las individualidades anarquistas, al aumentar su acción, descubrieran más amplios horizontes que habrían de permitir un renacimiento en las ideas y una elevación general en la cultura media del proletariado.

Ya sé que los acontecimientos se precipitan y que en todos los países están en el primer plano las revoluciones sociales y que son inminentes. Y que no sobra tiempo para laboriosas preparaciones; pero pienso también, que cada día que tarda no debe ser un día perdido para las ideas anarquistas y que éstas necesitan de una acción perseverante que por prolongarse paralela a la evolución de la humanidad ya más allá de la revolución y del comunismo.

RICARDO FORNELLS

CRÍTICA SINDICAL

De una carta

Estas nuestras pequeñas críticas al morboso sistema en que han caído todos los Sindicatos, pero especialmente los de Barcelona, han dado, frase consagrada en la literatura, «sus pequeños frutos». Sí, amigo director de «Cultura Libertaria». Tú, que hiciste un mohín de disgusto la primera vez que te entregué cuartillas sobre este tema, mohín que venía a decir: «Lástima de papel, tinta y tiempo empleado en escribir sobre esas cuestiones», te equivocabas. Te equivocabas porque, como digo más arriba, «ha dado sus frutos». Muy modestos, claro está; pero frutos al fin.

Debo declarar de antemano que no se trata de que Sindicato alguno haya tomado el acuerdo de escabechar, cercenar o decapitar eso de «las reuniones de militantes». Y no porque falten ganas, no; no se hace porque se teme el hacerlo. Eso de la costumbre adquirida no es *pecata minuta* que diría un cura joven ante una moza plena y gallarda. Es más bien pecado grave, a veces capital.

Hecha la declaración, quiero decir cuál es el fruto que han dado estos *trabajos*, pero no de Hércules.

Es una carta recibida de un camarada con cargo en una Junta de un Sindicato de Barcelona. No trascribiré todo lo que dice. Sólo lo haré de algunos párrafos sustanciosos por demás.

Dice así el amigo: «Leo con interés, camarada X., tus filípicas contra las reuniones de militantes. Y si te dijera que estoy en absoluto de acuerdo con ellas, no diría toda la verdad. Estoy de acuerdo y aún más. Es necesario que sigas por ese camino y que apegues fuerte; porque, no sé si tienes cargo en alguna Junta de algún Sindicato; pero si lo tienes, no te faltarán cosas que decir, y si no lo tienes, dímelo y yo te proporcionaré cuantos quieras».

. . . .

«Además de lo que acabo de decirte del desbarajuste que esto significa para la buena marcha del Sindicato, fíjate en este otro caso: Un individuo de nuestro Sindicato que hace cinco o seis años que no trabaja, que nadie sabe de qué vive, que en la barriada donde tiene el domicilio todos le censuran y se preguntan de qué *pasa*; que si hubiera de nombrársele para un cargo, ninguno de los que le conocen lo propondrían, en una palabra: que por una serie de circunstancias nadie le propondría para intervenir en la orientación o en la administración del Sindicato; pues agárrate para no caer; en calidad de militante interviene en la orientación del Sindicato, no falta a ninguna reunión de Junta; y cuando nos embrolla a todos y son la una o las dos de la madrugada y cansados de soportar su tabarra queremos terminar la discusión, él siempre contesta: ¡Oh!, yo no tengo prisa. Por mí la discusión puede continuar; claro que puede continuar. ¡Como no ha de ir al taller!»

. . . .

«Otro caso. Figúrate un individuo que en cuanto se atraviesa una situación crítica que puede ocasionar detenciones o peligros para la organización y los individuos, en cuanto un compañero habla en tono mesurado, el «militante honorario» se alza airado tratando a todos de cobardes, de pusilánimes, de reformistas; pero una vez que se le invitó a tomar cargo en la Sección correspondiente, alegó que no aceptaba porque no quería dar su nombre y la dirección de su casa para el acta que se ha de llevar al Gobierno civil dando los nombres y dirección de quienes componen la Junta. En una palabra, camarada X., la cobardía disfrazada con el traje de «militante honorario».

Más cosas dice este amigo en la carta. Como dice también que hay militantes que concurren a las reuniones y hacen buena labor, ayudan a la Junta, exponen lo que honradamente piensan. Pero a continuación añade: «Estos cada día son más raros. Hartos de aguantar las genialidades y tonterías de los «otros», dejan de venir y la cosa marcha de peor en peor.

¿Para qué más cosas? Este amigo y compañero nos presta un gran servicio. Es la realidad quien habla por su boca. Y por hoy, basta con lo que él nos ha dicho.

X.

DE ORGANIZACION

Cómo debieran hacerse las cosas

En el Congreso extraordinario de la C. N. T. celebrado en junio próximo pasado en Madrid fué objeto de acalorado debate si la F. A. I. debía o no concurrir al Congreso con carácter informativo o con carácter deliberativo, aunque no fuera nada más que para exponer su opinión sobre determinados acuerdos.

La discusión fué larga, acalorada, penosa; hubo momentos en que causaba verdadera lástima ver cómo se injuriaban e insultaban los delegados. Allí, en plena sala del Teatro Conservatorio se dijeron palabras y lanzaron acusaciones verdaderamente humillantes para quienes las proferían.

Sin embargo, al final de la jornada, terminó la discusión por un no ha lugar a discutir la propuesta, lo que equivale a declarar que el Congreso reunido entendía que la F. A. I. no podía estar en el Congreso nada más que como adherente, en el caso que hubiese enviado ella su adhesión.

Para los empollados en organización, y más que para éstos para el sentido común, el acuerdo recaído en el Congreso extraordinario, de Madrid, sentaba norma para todos los demás.

Pero se ve que el sentido común no reza con estas cosas. O que si reza, olvida la oración en el momento que le conviene. Es, como se ve, una manera de rezar muy original.

Decimos esto, porque después de celebrarse el Congreso de Madrid, se han celebrado el Congreso regional andaluz, el Congreso regional de Levante, y el Congreso provincial de campesinos de Jerez de la Frontera. Y en los tres ha estado presente la F. A. I., y no sólo ha estado presente, que a esto, en calidad de información, nadie le negaría el derecho, sino que ha tomado parte en las deliberaciones, ha intervenido en los debates, ha discutido, propuesto, expuesto y razonado su criterio en los debates y temas discutidos en esos Congresos. Y con esto, hemos de decirlo claramente: estamos en absoluto disconformes. ¿Razones?, a capazos. Tantas como se quieran.

La más importante sin duda, es la doble personalidad de esas representaciones. Casi todos los miembros de esos grupos forman parte de los respectivos Sindicatos. Y los que no forman parte del Sindicato, es porque no son trabajadores o bien sus condiciones de vida no se lo permite.

En el primer caso, el individuo no debe tener esa doble representación: como federado, en el Sindicato, y como componente en el grupo. Y los otros, los que no son trabajadores, mejor dicho, los que no pertenecen al Sindicato por razones de índole especial de sus condiciones de vida, éstos nada tienen que hacer ni proponer, ni discutir, y menos en esas condiciones, las cuestiones que sólo interesan a los Sindicatos. Esta es una razón. Pero hay otras varias.

Una segunda razón digna de tenerse en cuenta es la responsabilidad que se adquiere una vez los acuerdos tomados.

Cuando el Congreso ha resuelto una cuestión acertada o equivocadamente, todos los organismos presentes en el mismo, o los de la Comarca o región adonde dichos acuerdos alcancen, adquieren el compromiso moral de su ejecución, la responsabilidad de llevarlos a la práctica. El grupo entonces se lava las manos. A él no le importa. El ha discutido, propuesto, determinado quizá un acuerdo del que después, salga bien o salga mal, no tendrá responsabilidad alguna. Salvo que el grupo intervenga diariamente en las actividades del Sindicato, lo que implicaría una mediatización intolerable.

En otro orden de ideas a exponer, diremos que a la mayor parte de esos elementos les falta ser lógicos con ellos mismos. Nos referimos a que la mayoría han censurado la mediatización de la U. G. T. realizada por el Partido Socialista, sin darse cuenta que las censuras que dirigen a los Caballero y Compañía, pueden, avaladas con idénticos razonamientos, volverse contra ellos. Porque no hay más que una lógica y una ética, y éstas, en este caso, no establecen diferencias. El mismo caso se da en unos que en otros. Igual mediatización se ejerce en un caso como en otro.

Pero no es sólo esta la objeción que en el terreno moral puede hacerse. Cabría preguntar a los delegados que van a esos Congresos representando a Sindicatos, si consultaron con sus poderdantes, con sus representados si se había o no de invitar a la F. A. I. Habría que decirles también si explicaron a sus representados lo que es la F. A. I., lo que quiere, lo que desea y a lo que aspira. Y si ya conocedores de todas estas cosas, aceptaron se invitase a dicho organismo a intervenir en las deliberaciones del Congreso.

Y por último, debieron esos delegados confesar ante quienes les delegaron que ellos, a pesar de todo, se consideraban incapaces de tratar los temas planteados en el Congreso con suficientes elementos de juicio, y considerándose incapaces de esa labor, reclamaban el consejo de elementos ajenos a la organización para que éstos les ilustraran con sus conocimientos. Después de dichas estas cosas y confesadas estas debilidades, se explicaría perfectamente, si los sindicados la aceptaban, esa intervención de la F. A. I. en los Congresos de la organización. En otras condiciones, no. Nos parece que no se hacen las cosas como realmente debieran hacerse.

MANUEL GONZALEZ

De Administración

GIROS RECIBIDOS	Ptas.
Huelva, E. G.	30'—
Castro del Río, P. R.	6'—
Granollers, M. F.	15'—
Sans, S. T.	1'—
Vigo, S.	10'—
Manresa, M.	32'50
Santander, G. M.	4'—
Madrid, E. G.	2'—
Espejo, R.	5'40
Posadas, A. T.	15'—
Cerro de Andévalo, S. V.	6'—
San Pablo de Algeciras, R. P.	3'—
Cervera, J. F.	13'40
Zaragoza, E. P.	12'50
Huelva, G. G.	30'—
Vendrell, D. M.	5'—
Sevilla, L.	15'—
Huelva, M. G.	18'30
Granada, M. L.	13'—
Algeciras, M. P.	15'55
Caravaca, R. G.	4'—
Gavá	9'45
Barbate, G. A.	3'50
Espejo, D. C.	19'—
Caldas, F. F.	8'—
Gimena, E. L.	22'—
Ubeda, F. R.	17'—
Le Valois Paris, M.	8'—
Manlleu, C. G.	24'—
Gijón, M.	50'—
Morón de la Frontera, A. V.	16'30
Vallmoll, P. S.	9'40
Gavá, G. B.	6'—
Malpartida de Pla. T. C.	3'50
Villanueva, R. M.	4'50
Baracaldo, B. M.	3'50
Granollers, G.	10'—
Alfonso Poo (sellos)	2'—
Vellvey, R. G. (sellos)	2'—

NOTAS. — P. P., Santa Coloma, se ha recibido giro de 2 ptas., indicarás para qué son.

DONATIVOS	
Unos compañeros de Mataró	15'—
José Paré	1'—
Unos compañeros de Sans	20'—

Necesidad de las Federaciones de Industria

Pronto hará un año que la C. N. T. celebró un Congreso nacional. En fecha próxima va a celebrarse otro.

En el último Congreso recayó el acuerdo de constituir las Federaciones de Industria de carácter nacional. ¿Se ha hecho intento alguno para hacer efectivos los acuerdos? No; nada, absolutamente nada.

¿Qué labor en ese sentido ha llevado a cabo el órgano de la Confederación? Ninguna; absolutamente ninguna. Es más; si el órgano periodístico que pagamos los obreros para que sirva los intereses de la Confederación y sus acuerdos, ha dicho alguna cosa en ese sentido, se redujo a lo que escribió el amigo Liberto Callejas, en sentido materialmente opuesto, combativo al espíritu y texto de los acuerdos del Congreso; es decir, combatir las Federaciones nacionales de industria desde las páginas de «S. O.», la cual de ningún modo puede hacer esa labor. Yo sé de sobras que no han de faltar motivos o argumentos que se antepongan a mis razonamientos, o mejor dicho, a esta crítica obligada por respeto y defensa de la seriedad de nuestro organismo confederal.

En el terreno de la filosofía o de la crítica en sociología, es digno de respeto todo criterio más o menos consciente. Pero si del fruto de las discusiones logramos hacer brillar un poro de luz, y la aceptamos, y nos comprometemos a iluminarnos con ella, y pasado el primer instante, a más de olvidarnos del compromiso *sellado en acta*, nos erigimos en factores combativos de lo que por deber debiéramos apoyar y defender, no hemos hecho nada afirmativo.

Las Federaciones nacionales de industria, a medida que va tomando mayor personalidad nuestro organismo confederal, se hacen más precisas, más necesarias. La complejidad y extensión de las ramas industriales de España, precisan de un contacto perenne con todos los factores que la integran.

Tal vez sea España el único país del mundo donde exista una organización tan preponderante como la nuestra y tan mal informada de sus propios objetivos. La misma industria fabril y textil nos impone el deber de establecer un contacto estrecho con todos los pueblos de una región y de España. No se diga que los Comités de relaciones puedan sustituir los de federación de industria nacional. Cuantos intentos hemos procurado llevar a cabo nos han salido fallidos y si algo pudimos conseguir, fué de resultados poco o casi nada objetivos. Eso dentro de la esfera regional, sin ir más allá.

Ahora mismo, razones apremiantes han obligado a que los obreros de la industria textil de Cataluña se pusieran en contacto para normalizar el desconcierto producido durante la dictadura por las huestes patronales en lo concerniente a pactos de trabajo. Con grandes esfuerzos y tacto inteligente de parte de todos los delegados, se ha podido llegar a completar parte de la modesta aspiración obrera, si bien hemos de afirmar la eficacia, en lo que respecta a hacer sentir la personalidad del organismo confederal.

Sin embargo, los mismos delegados que han tenido que dialogar con los peritos letrados y procuradores que nos ponen por delante los señores de la patronal, han comprobado más de una vez que ellos no hacen nunca alusión a ninguno de los aspectos que pueden favorecerles en toda discusión. Nos plantean de una manera perfectamente documentada el balance comercial y financiero de todos los pueblos de España que se dedican a la industria fabril y textil. Saben cuáles son los horarios y salarios; operarios empleados por secciones, edad de los mismos, en fin: capacidad completa de todo el ritmo de la producción.

No estamos en la misma condición nosotros. Eso no quiere decir que nos falte capacidad para ello. No es el todo poseer capacidad técnica para salir airoso en nuestros pasos, lo que precisa, algo importantísimo de que no podemos prescindir, es de la cuestión estadística en un sentido general.

La industria fabril y textil ha aumentado considerablemente su capacidad de unos años a esta parte. En Andalucía crece, en Eibar, Palencia, Valencia, Alcoy, Béjar y en otros muchos pueblos más de la región valenciana, dentro de Castellón. ¿Tenemos acaso conocimientos estadísticos de las normas de trabajo de los pueblos mencionados? Ninguno. En cambio lo tiene la burguesía dentro de la más estricta veracidad.

¿Pero es que nosotros, igual que la burguesía, o más, no podríamos también estar perfectamente orientados? Sí, con la mayor perfección. Sólo bastaría extender el lazo confederal entre todos los pueblos de la península dedicados al mismo oficio o profesión, constituyendo las federaciones nacionales de industria. Eso es; establecería un contacto permanente, inteligentemente profesional y técnico, donde el termómetro económico y social estuviera al alcance de todos los camaradas interesados en los problemas de carácter sindical para poder deshacer muchas de las historias intencionadas que tienen por costumbre explicarnos nuestros burgueses a la hora de toda discusión. No se diga que estamos del todo desprovistos de elementos personales para completar satisfactoriamente el cuadro de perfección técnica social dentro de nuestra industria. En uno de los plenos a que tuve que asistir en calidad de delegado informativo, pude apreciar las risueñas probabilidades de un mañana venturoso que enlace inteligentemente por vías nacionalmente federativas toda nuestra industria. El amigo Playa, un camarada que hay que hacerle justicia por su entusiasmo, me decía hace poco que no era solo él el único contramaestre que está a nuestro lado; «serán otros más, muchos más».

Yo así lo creo, camarada Playa. Y aun lo seréis cuando pueda conseguirse la realización de aunar todo el grandioso contingente de nuestra industria en una potente Federación nacional.

GONZALO SOLER

Sabadell.

Próximo a aparecer

"FANTASMAS"

de BENIGNO BEJARANO

Ediciones "Agora" 3 ptas. ejemplar

DE LA RESPONSABILIDAD

II. — LA RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL

Lleguemos ahora a la concepción que profesan, en materia de responsabilidad individual, los partidarios de la agrupación, de la organización, del medio social necesario.

En ellos, el sentido de la *obligación* de responder de sus actos y de la cosa confiada adquiere una significación completamente diferente de las que acabo de exponer.

Considerando que la coexistencia del individuo y de la sociedad es una necesidad innegable, cuyo hecho es, por otra parte, anterior a su propia existencia, los partidarios de la agrupación afirman que debería de haber solidaridad completa entre todos los humanos, sin distinción de raza, de color, del paraje en que habiten.

Constatan que esta solidaridad se hace imposible por culpa de cierta ralea de individuos, cuyo número es ínfimo y el poder muy grande.

Y convencidos de que esta solidaridad, cariátide social del porvenir, no podrá ser plenamente realizada sino mediante la desaparición del obstáculo que desde hace siglos obstruye su camino, unen sus esfuerzos para destruir esta traba que impide la realización de sus deseos.

Por consiguiente, extienden el principio de la responsabilidad individual, la obligación de responder de sus actos y de la cosa confiada, a toda una categoría de hombres: a los que comparten sus concepciones y persiguen el mismo fin.

Ligados a éstos por una concordancia de intereses de toda especie, consideran que son responsables ante ellos en todos los actos de su vida que tengan un carácter social, actos cuyas consecuencias, buenas o malas, pueden influir en las condiciones de existencia, de seguridad, de bienestar de sus semejantes.

Saben que un acto cometido en París, por ejemplo, por un individuo, puede tener su repercusión en Nueva York, en Pekín o en Valparaíso. Así, pues, se guardarán muy bien de efectuarlo si, por su alcance o sus consecuencias, puede crear una situación difícil, enojosa, grave para sus compañeros que habitan a millares de leguas de París.

Para tomar un ejemplo menos lejano, más preciso, más accesible, más comprensible, y, en definitiva, más palmario, examinemos el hecho siguiente:

Los obreros de una firma metalúrgica que tiene su centro en París y fábricas en Belfort, Perpiñán, Niza, Brest y Dunkerque, están en huelga en Belfort, pongamos por caso, por una cuestión de salarios y de duración del trabajo.

Es completamente evidente que todos los obreros de esta firma, dondequiera que trabajen, tienen el máximo interés común en que sus compañeros de Belfort triunfen.

Todos ellos tienen, unos respecto a otros, verdaderas obligaciones.

Basta que uno de los centros afiliados trabaje en la ejecución de los pedidos que son asunto del litigio en Belfort, para que los huelguistas de esta localidad sean vencidos, debido a que les ha faltado la solidaridad del conjunto de trabajadores de la firma en cuestión. Y naturalmente, su derrota acarreará asimismo, incluso por anticipado, la de los obreros de los demás centros.

En ese caso, no es ya sólo la responsabilidad colectiva de los sindicatos lo que estará en juego, sino, además y sobre todo, será la responsabilidad individual de cada obrero la que deberá responder de sus actos ante cada uno y todos los restantes trabajadores de la firma.

Se pueden multiplicar estos ejemplos hasta el infinito, echar mano, todavía, de éste, si se quiere; hay amenazas de guerra muy graves entre Francia y Alemania; el menor incidente de frontera puede desencadenar el conflicto. Basta que dos centinelas se tiroteen, que dos aduaneros riñan, que un natural francés se introduzca en Alemania, o viceversa, que un avión realice vuelos por la zona fronteriza para que la pólvora hable.

Comprendo perfectamente que aquello no será más que el pretexto, la ocasión escogida, esperada o buscada para desencadenar la conflagración; pero de todos modos, si no se hubiera producido ese incidente; si el soldado, el aduanero, el aviador, hubieran tenido sentido de la responsabilidad individual; si, antes de obrar, hubieran medido el alcance y las consecuencias de sus actos, no se hubiese facilitado el pretexto, no se hubiese dado la ocasión, y los dirigentes, fautores de guerra, se hubieran visto en la obligación de buscar otro expediente... que quizá no hubieran podido encontrar en el momento propicio.

He ahí todavía un aspecto de la responsabilidad individual que obliga a un hombre a responder de sus actos ante dos colectividades de individuos, situadas, la una, en Alemania, y la otra, en Francia.

Admitamos ahora que el incidente haya producido las consecuencias esperadas, que la guerra se muestre inevitable y próxima. ¿Será igual la situación si se acepta la guerra que si se alzan contra ella?

Cuestión de responsabilidad colectiva, se me contestará.

Asunto, sobre todo, de responsabilidad individual, responderé yo.

La resistencia, la lucha en pro de la paz, la utilización psicológica de los acontecimientos para intentar una revolución social, dependen, en primer lugar y antes que nada, de la actitud que tomen acá y allá los trabajadores, de los medios que pongan en ejecución, de la solidaridad de que den pruebas en ambos lados de la frontera. Y es éste—nadie puede ponerlo en duda; y los anarquistas, menos que los demás—un problema que se planteará ante la conciencia de cada individuo, así en Alemania como en Francia.

De igual modo, todos saben que la acción colectiva no será posible sino a condición de que el número de los que se estimen ser *personalmente* responsables de sus actos ante todos sea bastante crecido, bastante diligente, bastante vigoroso en el empleo de los medios de acción.

Considero, si no inútil, innecesario llevar más lejos esta demostración.

Me parece que queda aducida la prueba de que cada individuo es responsable de sus actos, de la cosa confiada: paz, triunfo, revolución, etc., ante todos sus semejantes y, en primer lugar, ante todos aquellos cuyos intereses de todo orden son idénticos a los suyos.

Se consumó la infamia

De madrugada. Febrero y fecha diez: Barcelona.

Mientras los esclavos de la fábrica, de la obra, del taller, descansan reparando sus fuerzas, la otra Barcelona, la Barcelona parásita, es dueña de la calle, la atruena con su bullicio.

Se celebra la apoteosis de Momo, y el disfraz encubre la síntesis de toda la crápula social, que se dedica a gozar a la hora en que los que han dado su esfuerzo cotidiano se recluyen en sus domicilios.

Yo me imagino la impresión que un extranjero recién llegado del Barrio Latino de París o del Puerto Viejo de Marsella, habrá podido experimentar a la vista del espectáculo que Barcelona ha ofrecido estas noches de Carnaval. Al observar el desbordamiento del Barrio Chino por las calles de la ciudad; al contemplar los grupos de invertidos ataviados con equívocos vestidos femeninos y a otros formados por marchitas rameras vestidas con trajes masculinos, el observador profano pensaría si en España se han trocado los papeles y si, en realidad, este pueblo que goza fama de viril, ha caído en el último extremo de la abyección.

El populacho, la plebe que estas noches ha vomitado sobre la ciudad el Barrio Chino no es otra cosa que la reserva de que dispone la policía para organizar el jolgorio cuando la ciudad tiene motivos para vestir de luto. Ese populacho es el mismo que durante la dictadura hacía que los Montherland, los Carco y demás escritores extranjeros adquiriesen la ilusión de que en España se gozaba de una libertad que para sí quisieran los habitantes de París y de Marsella; del griterío de esa chusma se sirve la República para ahogar los gritos de protesta que lanzan los trabajadores desde las cárceles y desde los barcos fletados para la deportación.

Así se comprende que el gobierno de la República, procediendo por sorpresa, y en horas en que era imposible poner en pie a la clase obrera para impedirlo, haya cometido la infamia de dar orden de zarpar al «Buenos Aires».

Es la medida de represión más grave de cuantas ha tomado el gobierno de la República. Con este hecho, la República española desciende al mismo nivel de las dictaduras de Carmona y de Mussolini. Azaña excede en crueldad a Thiers. Las deportaciones ordenadas por Thiers tenían lugar como epílogo al vencimiento de la Comuna. Las deportaciones ordenadas por Azaña no tienen explicación de ningún género, pues la mayoría de los deportados fueron detenidos *como medida preventiva*, pero sin que se les pueda acusar de haber cometido ningún delito. La simple presunción no puede constituir delito, pues en ese caso, cualquier ciudadano puede presumir, puede decir que el propio Azaña lleva a cabo todas esas arbitrariedades con el fin de desacreditar a la república y facilitar la restauración de la monarquía.

La deportación ha podido llevarse a cabo porque se ha sorprendido la buena fe de la opinión, porque nadie suponía que el gobierno se atrevería a tanto. El crimen se ha consumado, y el precedente existe. En lo sucesivo, ya nadie: ni anarquistas, ni sindicalistas, ni comunistas, ni los mismos republicanos, podrán vivir en seguridad: el más fútil pretexto bastará al gobierno para enviar a África a quien le estorbe.

La medida es repugnante, porque ha sido llevada a cabo engañando a la opinión; lo que revela que el gobierno no goza de la confianza del país; es infame, porque significa un desafío, una ofensa hecha a la clase obrera; es canallesca, porque el gobierno, procediendo con la más plebeya premeditación, no ha consentido, pese a su palabra, que la organización de Cataluña pudiese, mediante la reaparición de «Solidaridad Obrera», informar a los trabajadores.

Entre los deportados figura un joven de 18 años, a quien se separa de su padre, preso en la Modelo, mientras unas cuantas criaturas quedan en el mayor desamparo.

Mientras la república se lanza por los derroteros de la tiranía, a renglón seguido de ordenar la primera deportación, declara fiesta nacional el 11 de febrero, aniversario de la República del 73. La república de Azaña está en su papel al glorificar la república de Castelar, que para reducir a los rebeldes de Cartagena utilizaba la escuadra alemana, como Azaña utilizaría hoy la escuadra inglesa, surta en aguas del Ferrol.

Del acabronamiento del Parlamento no esperamos ni queremos nada; pero sí sentimos curiosidad por saber qué piensan los Unamuno, los Soriano y tantos otros a quienes la clase obrera internacional defendió cuando Primo de Rivera los deportó.

La república española no podía haber hecho nada mejor para acabar de deshonrarse.

Los trabajadores, los hombres libres de España, el proletariado internacional, no han de ver más que una cosa: que en España ha comenzado la política de las deportaciones y que las primeras víctimas han sido trabajadores que, por combatir a la monarquía, eran constantemente perseguidos por ésta.

Nuestra labor de durante la dictadura habrá de reanudarse inmediatamente: las campañas de protesta, nacional e internacionalmente, deben comenzar sin esperar un momento más.

Es menester que en el extranjero sepan que la república española, gobernada por los socialistas y republicanos de canapé, no ofrece garantía alguna de libertad para los ciudadanos que vivimos bajo un régimen de excepción.

Veremos si entonces también a la prensa ministerial como «Luz» se le ocurre decir que las campañas pro libertad de los deportados están inspiradas por agentes monárquicos.

AGUSTÍN GIBANEL.

Desde Huelva

Aparentemente, parece ser que reina tranquilidad en las diversas latitudes de España; los hombres que nos gobiernan creen que, pasada la tormenta, ha renacido la calma, ignorando que esta calma y esta tranquilidad no podrá venir de ninguna de las maneras, mientras no desaparezca de la vida española el problema del hambre, los anhelos de justicia, el respeto al derecho y el avance que exigen de la República aquellos que supieron ofrendar sus vidas y su libertad para implantarla.

Lo sucedido es un aviso de lo que puede la potencialidad numérica de las organizaciones de los productores de la riqueza social, y un recuento de fuerzas para obras de mayores enjundia y volumen. Las inquietudes y anhelos del pueblo español no admiten ya, de ninguna de las maneras, formas paliativos de ninguna clase; se impone de una manera conminatoria que por aquellos que tienen el deber y la obligación de hacerlo, se afronten de una manera franca, contundente y decidida resoluciones que garanticen el alimento de los españoles, la libertad de los ciudadanos, la garantía de nuestras vidas y la evitación de los atropellos que constantemente sufrimos de parte de los verdugos y de los sicarios del pueblo, que antes defendían la monarquía y hoy falsean la república. En determinados pueblos de Cataluña, en el Alto Llobregat y otros, se ha intentado durante unos días el comunismo libertario, habiéndose dado el ejemplo de que los hombres que sueñan y anhelan los ideales de redención humana tienen capacidad y solvencia suficiente para garantir la economía del porvenir. Estos hombres de alma grande y de sentimientos generosos supieron respetar las vidas de sus enemigos y la de aquellos explotadores que siempre y en todo momento no guardaron consideración ni respeto a la de ellos. Si el movimiento pasado lo hubiese inspirado la Confederación Nacional del Trabajo, en contacto con las capitales y organizaciones de los pueblos y con un plan de combate premeditado y concienzudamente estudiado, seguramente que al tomar parte, después de las fuerzas que se han puesto en juego, las que quedan de reserva por no haber actuado, por no tener orden en concreto de ello, el gobierno español no hubiese podido resistir el empuje de los obreros del músculo, al grito santo de liberación. No somos gente inconsciente ni indocumentada, que perseguimos un caos social; somos personas sensatas, de responsabilidad y de la suficiente solvencia, que en representación de más de un millón de obreros, luchamos noblemente por liberar a la humanidad del estado de tiranía, de explotación y de oprobio a que la tienen sometida el capitalismo y el poder político del Estado. Para nadie es un secreto que perseguimos un ideal y una finalidad clara y concreta: anhelamos la manumisión de todos los irredentos, para elevarlos de la categoría de bestias a la de hombres útiles a la humanidad; perseguimos también la desaparición de todos los zánganos de la colmena social, que viven sin producir, encareciendo la vida con su holganza; deseamos también que el obrero del músculo y el de la inteligencia, en estrecho maridaje dentro de los Sindicatos de Industria, elaboren la consolidación de la economía del porvenir, en cuya sociedad de iguales desaparecerán las castas y los predominios creados por una sociedad capitalista y estúpida, creadora de todos los crímenes y dolores sociales; soñamos con una nueva aurora de libertad y de progreso, sostenida por el esfuerzo del brazo y la inteligencia, con horizontes nuevos, que la actual sociedad burguesa tiene limitados por cálculo y predominio de sus negocios y concupiscencias. Por sentir estos santos ideales de redención, actualmente se encuentran en el vientre de determinados buques una multitud de compañeros y hermanos, prontos a partir con rumbo desconocido. Conocemos la justicia histórica y tememos por la vida de estos hermanos nuestros, que, seguramente, marcharán todos y volverán algunos; pero tengan en cuenta los encargados de administrar justicia que si los que sueñan y se sacrifican por un ideal, sin egoísmo y sin aspiraciones de ocupar ninguna carrera ni cargos de diputados con enchufes ni prebendas, son castigados con mano dura, ¿qué no merecerán aquellos que dilapidaron la hacienda española, arruinaron la economía nacional, cometieron infinidad de negocios sucios para lucrarse y fueron responsables de las once mil víctimas de Annual y Monte Arruit, y a los cuales todavía no se les han exigido responsabilidades, y que lo de Arnedo, lo de la Jefatura de Policía de Barcelona y lo del Parque de María Luisa de Sevilla quedarán impunes, sin exigencias de responsabilidades, porque así lo exige la conveniencia del sostenimiento de una república burguesa que nos denigra y que el país odia y repulsa en lo más hondo de su alma?

Tenemos una obligación todo el ejército proletario español: pedir en forma conminatoria la libertad de todos los detenidos soñadores de un mañana mejor; y si nuestras voces son desoídas, preparémonos, articulando un movimiento general de carácter subversivo, para lograr, por la presión de la fuerza, lo que no podemos conseguir de los hombres reaccionarios, que encima del gorro frigio se envuelven con la sotana, y bajo ésta llevan la cruz que simboliza los tiempos de la Inquisición de los Torquemadas y Arbues, y los cuales ya han echado en olvido que ellos también fueron unos revolucionarios de pacotilla, y que pesa sobre su conciencia, como losa de plomo, el asesinato de dos mártires de la libertad, que se llamaron Fermín Galán y García Hernández, los cuales, desde el fondo de su tumba, maldicen a los que traicionaron la libertad que ellos habían soñado.

CLEMENTE GIL.

La Juventud obrera

En Valencia y otras localidades, se constituyeron hace algunos meses, agrupaciones de jóvenes que actuaban en los sindicatos, dándose unas el nombre de Juventudes Sindicalistas y otras, el de Juventudes Libertarias. Aun cuando con distinto nombre, estas agrupaciones tienen un solo fin: apartar a la juventud obrera de los medios políticos, y, ligándolas al movimiento sindical, lograr un plantel de militantes que garantice la eficacia de la lucha.

Mas, por causas que desconocemos, parece que esos intentos han fracasado. No se habla más del asunto, excepto alguna que otra nota en la Prensa.

Sin embargo, estimamos que el movimiento confederal precisa dedicar atención a este asunto. No puede dejarlo de mano, como tantas otras cosas malogradas.

La juventud obrera, si no está influída constantemente por las doctrinas y la acción confederales, y se la deja presa de los partidismos políticos, puede llegar un momento que tuerza nuestros movimientos de tal manera que nos sea imposible resistir la corriente.

En algunos sitios, ya se notan los frutos de la propaganda jacobina. Los jóvenes piensan demasiado en los gestos de idiota de los «caudillos» sin talento ni arrestos, de los valientes de fachada, y no atienden las doctrinas, las ideas que defienden los organismos de clase. Se está preparando una generación de mamelucos, que irá siempre detrás de quien grite más.

En defensa, por tanto, del movimiento confederal y de las ideas de la C. N. T., es preciso que la juventud obrera sea agrupada en organismos de lucha, evitando en este caso que puedan ser conducidos por elementos extraños a su propia organización. La preparación teórica debe ser cuidada con esmero, a fin de que al incorporarse a los trabajos de dirección del movimiento sindical conserven éste en la línea determinada por los Congresos de la organización.

LA RELIGION

Plotino, que trató de reunir y de conciliar las filosofías de Platón, de Aristóteles y de Zenón, supuso que en la naturaleza todo vive y todo piensa de una sola vida y de un solo pensamiento. Admitió que, por el éxtasis, el hombre llega a divinizarse desde aquí abajo. «Cuando el alma se ha vuelto semejante a Dios por los medios sólo conocidos de los que están iniciados, lo ve de pronto aparecer en ella; ya no hay intervalo, ya no hay dualidad, ambos no forman más que uno. En ese estado, el alma no siente ya su cuerpo, no siente si vive, si es hombre, o cosa alguna en el mundo; pierde toda conciencia de sí misma, y cesa de pensar, se convierte en Dios, o, más bien, ella es Dios.»

Este panteísmo místico debía tener una prodigiosa fortuna. A continuación de Plotino, todos los ascetas cristianos y musulmanes soñarán con perderse en Dios, como la gota de agua desaparece en el océano; querrán morir en sí mismos, olvidarse para no constituir más que uno con el objeto de su adoración. Los místicos católicos se estremecerían si supieran que tuvieron por predecesor a un acérrimo adversario del cristianismo; para permanecer de acuerdo con los dogmas impuestos por Roma, tienen cuidado de hablar de vez en cuando de un dios personal. Pero su panteísmo latente se descubre de mil maneras, en cuanto hablan con sinceridad.

En el siglo XIV, aquél se transparenta en los escritos de Tauler, quien procura calmar las desconfianzas de los teólogos, y se desprende claramente de las fórmulas empleadas por su maestro Eckarol. Un místico heterodoxo, y que dió muestras de una gran profundidad de inteligencia, el zapatero de Görlitz, Jaime Behm, declaraba que todo emana de Dios. Una dualidad, ser y nada, ternura y violencia, bien y mal, según él, constituye el fondo de todo lo que existe; pero esta dualidad desemboca en la unidad por la identificación de los contrarios.

BARBEDETTE.

La prensa burguesa

Apenas pasados los primeros momentos de estupor, la Prensa burguesa empezó una campaña infame contra los que en distintos lugares del país provocaron y dirigieron los pasados acontecimientos.

Eludieron descaradamente y en esto, la mayor parte de los periodistas confirmaron su estirpe lacayuna—los hechos sangrientos que impulsaron las protestas de los trabajadores. (Si estos hechos se produjeron sin el control de la organización confederal, es tema que en los comicios confederales ha de discutirse ampliamente, y no en estas páginas, en este momento).

Formaron el cuadro los periódicos de empresa. Atizaron la hoguera de sus odios, y el resultado ya lo tocamos: el «Buenos Aires» ha zarpado con rumbo desconocido, llevando en sus bodegas a más de ciento veinte hombres del pueblo.

La Prensa burguesa es la que ha logrado esta medida de terror. Sin sus excitaciones constantes al gobierno, para que reprimiera ferozmente el movimiento, el gobierno no se hubiera atrevido a tanto.

Pero a esta Prensa enemiga han ayudado los socialistas. En el seno del gabinete, en sus periódicos, en las Cortes, han sancionado todas las medidas de terror.

Este ensañamiento debe advertir a los trabajadores sobre sus deberes de clase. A la Prensa burguesa hay que limitarle el apoyo; hay que no comprarla. Frente a ella, hay que colocar órganos propios, bien pertrechados, con los medios necesarios para que no sufran competencia. Y, a la vez, organizar los sindicatos en forma que si los gobiernos se permiten el lujo—como ahora—de suprimir nuestros periódicos, podamos impedir que los suyos aparezcan.

La lucha de clases es una verdadera guerra, y el deber primordial de todos los organizados es hacer frente al enemigo, lo mejor preparados que sea posible.

Nuestro servicio de Librería

Con el fin de ayudar al sostenimiento de este periódico, tenemos a disposición de los compañeros y de los sindicatos una cantidad importante de libros y folletos, cuya lista daremos en el próximo número.

Al mismo tiempo, advertimos que CULTURA LIBERTARIA, en su deseo de realizar una labor útil, inicia la publicación de una serie de folletos sobre temas de actualidad. El primero de éstos es «La República y la cuestión religiosa», escrito por el camarada Ramón J. Sender, autor de varios libros, entre ellos «El problema religioso en Méjico», prologado por el gran novelista Valle-Inclán.

A este folleto, seguirán otros sobre el problema de la enseñanza, la reforma agraria, la política social de la República, la situación económica de España, etc., que están ya encargados a competentes compañeros.

El precio de estos folletos será lo más reducido posible.

Nuestro servicio de librería y nuestras ediciones de folletos sobre temas de actualidad tienen, pues, doble finalidad: servir a la propaganda de las ideas anarquistas y facilitar medios a esta hoja de propaganda y crítica.

—

El folleto de Sender podemos servirlo ya. Su precio, 40 céntimos. Pidiendo de veinte ejemplares en adelante, 25 por 100 de descuento. Lo servimos a reembolso.

III.—La responsabilidad colectiva

Por lo expuesto precedentemente, acabamos de demostrar que hay tres grandes concepciones de la responsabilidad individual.

Fácil resulta sacar desde ahora la conclusión de que no existe más que una sola concepción *positiva* de la responsabilidad colectiva.

Sólo los individuos que aceptan la necesidad de la organización, es decir: las agrupaciones de carácter comunista, *trátese de la rama autoritaria o de la rama libertaria, de los centralistas, o de los federalistas*, deben reconocer como suyo el principio de la responsabilidad colectiva y admitir ésta como *indispensable*.

La obligación de responder de sus actos, de los de los demás, de la cosa confiada, se aplica integralmente y con el mismo rigor—mayor, quizá—a las agrupaciones que a los individuos, porque su *responsabilidad es más grande aún desde el punto de vista social*.

Efectivamente, esta responsabilidad, que se extiende de la decisión a las consecuencias de la acción, pasando por la preparación y la acción misma, compromete a la agrupación entera frente al resto de los individuos de un país y, a veces, de todos los países.

Digamos a renglón seguido que ella en nada abole la responsabilidad individual de todos los miembros de la agrupación; que no hay ninguna oposición entre la responsabilidad individual y la responsabilidad colectiva.

Ambas se completan y se confunden.

La responsabilidad individual es la forma *originaria* de la responsabilidad; dimana de la conciencia misma. La responsabilidad colectiva es la forma *social y final*.

Ella ensancha la responsabilidad del individuo a la colectividad: al extenderla de este modo, conforme al principio de la solidaridad natural, que es al mismo tiempo una ley física que se aplica lo mismo a los componentes sociales que a las demás partes de un cuerpo cualquiera; animada o inanimada, hace a cada individuo responsable de sus actos ante la colectividad entera. Y, por reciprocidad, *por vía de control*, hace a la colectividad responsable ante todos los individuos.

Como el mismo federalismo, del que, por otra parte, es uno de los principales elementos, la responsabilidad colectiva se ejercita en dos sentidos: *ascendente y descendente*. Ella pone en la *obligación* al individuo de responder de sus actos ante el número, y a este último, de responder de los suyos ante el individuo.

Puede decirse que ambas formas de la responsabilidad se determinan una a otra, recíprocamente.

La responsabilidad colectiva consagra y precisa la responsabilidad individual.

De hecho, si reflexiona, si siente la preocupación de aplicar los principios que defiende, ningún comunista de tendencia libertaria, *por consiguiente anarquista*, puede negarla ni rechazarla.

Yo añado que si quisiera ser lógico con su doctrina, ningún partidario de la asociación, sea cual fuere la naturaleza de ésta, podría ni debería combatirla.

Sentado esto, veamos cómo debe ejercitarse la responsabilidad colectiva.

Tomemos, por ejemplo, una agrupación cualquiera, que ha tomado tal o cual decisión tras una libre discusión entre sus miembros y sus representantes controlados.

¿Qué hará? Con toda evidencia, se esforzará por todos los medios que estén a su alcance en lograr el objetivo propuesto.

Esto quiere decir que, a partir de aquel momento, la *discusión queda terminada* entre los miembros de la agrupación; que todos, conscientes de su responsabilidad, partidarios o no de la decisión adoptada y de las medidas escogidas, todos tienen el más estricto deber de poner manos a la obra y de preparar y ejecutar lo mejor posible lo que se ha decidido.

Que el acuerdo haya sido tomado por mayoría o bien por minoría, todos tienen, en lo sucesivo, *la misma responsabilidad* en la preparación, la acción y las consecuencias de ésta. Ninguno puede disociarse de los demás, obrar en un sentido distinto o contrario, *hacer ofensa a la soberanía de la decisión*, tomada libremente, no lo olvidemos.

En cambio, si el desarrollo de las acciones y de los hechos se verificase fuera del marco de los principios y si la decisión estuviera viciada en su aplicación, todos tendrían entonces el derecho, *incluso el deber de rebelarse contra la desviación y esforzarse en volver a traer la agrupación a la línea recta; la de su doctrina y de su decisión*.

Pero, mientras la acción de la agrupación se ejercite dentro del marco de los principios y de la decisión adoptada, todos deberán ingeniarse con *iniciativas* inteligentes, inspiradas siempre en el interés común, por alcanzar lo más rápidamente y lo mejor posible el fin perseguido.

Síguese, pues, de ahí que todo participante, *ligado por una decisión de carácter imperativo*, tomada libremente dentro del marco de los principios y de la doctrina de la agrupación a la cual pertenece, no puede, en ningún momento *tomar la responsabilidad* de una iniciativa, de un acto de índole que comprometa el éxito común de la obra.

Una iniciativa, grave por las consecuencias que le son anejas, por la responsabilidad en que incurre su autor enfrente de la agrupación y, a veces, de toda la colectividad, debe, pues, *con anterioridad*, antes de ser ejecutada, materializada por el acto, recibir la aprobación de la agrupación que es responsable de la acción y de las consecuencias. *De desecharse, no debe ser ejecutada*: si el individuo tiene el menor sentido de la responsabilidad individual y, «a fortiori», colectiva.

Semejante concepción de la responsabilidad colectiva no tiene por mira ni tiende a poner cortapisas a la libertad individual, *inseparable de la responsabilidad colectiva y viceversa*.

Al contrario de eso, le da su verdadero sentido: *el sentido social*.

Únicamente individuos locos, fuera de sí, hombres ambiciosos de suyo en grado sumo: los César, los Napoleón, sólo unos acérrimos «individualistas» —yo no digo anarquistas—pueden levantarse contra una concepción semejante y rechazarla.

En suma, puede decirse de la responsabilidad, lo que se dice de la libertad—inseparables una de otra, lo repito.

El individuo es responsable ante la agrupación; la agrupación es responsable ante el conjunto de las agrupaciones y todas las agrupaciones son responsables ante todos los individuos.

Para que la responsabilidad tenga ese carácter, es obvio, bien entendido, que el control permanente y severo de los actos de cada uno y de todos debe ejercitarse de manera constante.

De este modo, se determinan una a la otra, y se completan, las dos formas de la responsabilidad: la individual y la colectiva.

PEDRO BESNARD

Número suelto: 15 céntimos
Precio para los paqueteros: 10 céntimos ejemplar

CULTURA LIBERTARIA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
España, Portugal y América. . . 2'00 ptas. trimestre
Demás países . . . . 3'50 ptas. trimestre
Paquete de 25 ejemplares 2'50 ptas.

HECHOS Y DOCUMENTOS

EL CONFLICTO NIPON-CHINO

En otra ocasión hablamos ya del conflicto nipón-chino. Nuestros lectores habrán podido percatarse de que los acontecimientos han venido a confirmar las interpretaciones y juicios que a la sazón emitimos. El Japón quiere la guerra; a su debido tiempo expusimos las razones, tanto políticas como económicas, que andaban en juego.

Política, porque la población japonesa se ahoga dentro de sus islas y porque su prestigio está limitado a la superficie de su territorio; económica, porque la Manchuria permitirá, a quien la posea, controlar la casi totalidad del tráfico ferroviario proveniente del Transiberiano.

Por otra parte, el formidable continente asiático cuyas riquezas son incalculables, es una presa indicada al mundo de los traficantes. Hay allí un mercado de 400 millones de individuos, que es lo suficiente para justificar todas las codicias.

El Japón así lo ha comprendido y su acción, aunque tardía, es de muy otra envergadura que la de los ingleses, de los holandeses o de los franceses. Lo importante estriba en representar a los chinos como si fuesen un hatajo de bandidos, sin fe ni ley, con quienes debe limitarse todo trato, por lo mismo que no respetan la propiedad. Hecho esto, tras haber comprado a buen precio la complicidad de la prensa mundial, el Japón invadió la Manchuria, ya que la metalurgia japonesa tenía demasiados intereses importantes en China, para no decidirse a tentar la suerte. Además, los establecimientos siderúrgicos más importantes de China están bajo el control de sociedades, así como las hulleras. No olvidemos que el Japón es tributario de la China en lo que atañe a su provenimiento en primeras materias para la metalurgia.

La acción japonesa queda puesta en evidencia de esta manera:

Primera etapa, corta las comunicaciones chinas con el Océano Pacífico, se apodera de los puertos y de las vías férreas. Segunda etapa, desembarca en Shangai, en el punto más comercial de China; lanza sus tropas al objeto de completar su operación militar privando a China de sus principales comunicaciones marítimas; bombardea Nankín, para apoderarse de él.

Jamás, como en esta ocasión, se había manifestado el imperialismo con tamaña insolencia. Basta con codiciar una presa, con disponer de la fuerza y asegurarse del silencio del vecino, para que todo lo demás se obtenga por añadidura. Entonces se le está permitido todo: matar, saquear, robar. El derecho queda pisoteado. El cañón, el avión, el gas entran en juego. Cada cual trata de probar su buena voluntad y la pureza de sus intenciones, pero mientras tanto se siembra la muerte, la ruina y la miseria y todo para que hagan sus negocios los industriales sin escrúpulos.

Entretanto, las demás naciones civilizadas observan y crean una opinión en conformidad con sus intereses, a fin de neutralizar las protestas y encauzarlas.

Todos son cómplices. Hace dos semanas los Estados Unidos han hablado de ejercer una presión sobre la moneda japonesa—medio pacífico que ya en nuestro precedente artículo indicamos—, pero no se ha vuelto a hablar de ello, ¿por qué?

¿Por qué? Porque la China es un pastel codiciado por las naciones civilizadas que sospesan de antemano todos los beneficios que ello puede reportarles: beneficios para los vendedores de material de guerra que equipan indiferentemente a unos u otros beligerantes y salidas posibles para el comercio. He ahí 400 millones de individuos a los cuales se inculcará la decencia y vestirá; trabajo para las hilaturas; se les alojará en las capitales con *confort* moderno: trabajo para la edificación, la metalurgia; a las industrias de lujo también les tocará su parte. Ellos perderán su libertad, pues se verán obligados a trabajar en fábricas modernas y constreñidos a suministrar diez, doce o catorce horas de trabajo.

Pero los europeos, que no quieren perder un ápice de sus prerrogativas, sostienen al Japón que defiende la civilización y *los sagrados intereses del comercio y de la propiedad*. En el mundo de los lobos, la culpa recae siempre sobre el cordero...

La Historia prosigue su ciclo bárbaro con el asentimiento de los degollados.

HITLER Y LA CLASE OBRERA

En otro artículo dimos ya algunos informes sobre Hitler. Dejamos demostrado que detrás de Hitler estaba la metalurgia, que siempre tiene necesidad de exaltados y de contrarrevolucionarios activos para reforzar los armamentos de las naciones; su política del espantajo, en espera de lanzarse a la catástrofe, produce siempre sus frutos. La miseria provocada por el paro forzoso imperante en Alemania fortalece la situación de los nacionalistas; porque el movimiento de Hitler bajo una etiqueta socialista no es otra cosa que un desencadenamiento nacionalista.

Después de su derrota electoral de 1929, ese partido se componía de algunos miles de miembros. En 1928 tenía 80.000; hoy declara tener 900.000, de los que 300.000 pertenecen a las secciones de asalto. Estos grupos de asalto, que se hallan bajo la influencia directa de Hitler, no están formados de campesinos ricos, de tenderos de las ciudades, de artesanos, sino de «proletarios harapientos», de parados, atraídos por la soldada que se les ofrece por su «trabajo», y de estudiantes que representan en esas organizaciones el papel de jefes y ven en ellas el futuro ejército que debe servir para la guerra civil y entre naciones. Las organizaciones de Hitler que no solamente tienen sus columnas de automóviles, sino incluso su aviación, constituyen el núcleo del partido nacional-socialista.

La pequeña burguesía, que carece de ideas sociales, ocupada solamente en sus negocios, reaccionaria, adversaria de las reivindicaciones obreras, ve en Hitler el Mesías capaz de salvar a Alemania porque ella ve en el tratado de Versalles el origen de todos sus males de trasguerra y que es más fácil de lanzar vituperios sobre un enemigo de extrafronteras que sobre los propios adversarios que os aplastan con su poder financiero.

Ese movimiento que preconiza la libertad comercial, la abolición del capitalismo y de la explotación no es más que una mampara que encubre fines muy distintos; pues mientras que los oradores del partido estigmatizan la opresión de los capitalistas, del Estado, y la de Francia —haciendo así causa común con el sentimiento popular por la injusticia y la miseria que sufre y el sentimiento nacional frente al francés opresor—, Hitler y su estado mayor (capitanes Goering, coroneles Rehm y demás) discuten tranquilamente con los directores de los bancos alemanes (el director de la *Deutsche Bank*, Strauss, es uno de los «consejeros» de Hitler), con los jefes de los trusts metalúrgicos: el rey de la metalurgia, Thyssen, el jefe, hoy en bancarrota, de la casa Borsig, y otros muchos «controlan» las empresas de Hitler, pagan y dirigen su política.

El es hoy y sin ningún disimulo el hombre de la Metalurgia. Con ocasión del voto de las proposiciones comunistas concernientes a los impuestos sobre las rentas e ingresos y a la abolición de los beneficios de guerra, los diputados del partido nacionalsocialista votaron en contra.

Por otra parte, un folleto publicado por Otto Strasser, que fué uno de los principales publicistas de Hitler, nos informa a dicho respecto (1).

Respondiendo a Otto Strasser que le preguntaba cómo se representaba él la participación de los obreros en los beneficios, Hitler declaró:

«El patrono, que es el responsable de la producción, da su pan a los obreros. ¿En qué se funda usted para exigir de él que les deje participar en las ganancias o en la dirección de la empresa? Usted quiere echarle sobre las espaldas un funcionario o un comité de fábrica que no comprende nada de la producción. No habrá un solo jefe de empresa que consienta someterse a semejante medida.»

Como Strasser le preguntara de una manera precisa si luego de haber tomado el poder estaría dispuesto a someter al Estado las fábricas Krup, Hitler respondió:

«¿Cree usted que me haya vuelto loco y que quiera arruinar la economía? Sólo en el caso de que los jefes de empresa se negasen a obrar en interés del Estado nacional es cuando deberíamos intervenir, pero para eso no es necesario confiscar las empresas o hacer participar el Estado en su dirección. Un Estado fuerte podrá prescindir de semejantes medidas.»

Cuando Strasser le hizo observar que en ese caso el nombre de partido nacional-*socialista* engañaba al pueblo, Hitler declaró:

«La denominación «socialismo» no es adecuada. Pero en todo caso no significa que debamos *socializar* las empresas, sino que *podemos* socializarlas si sus jefes obran en contra de los intereses de la nación. *Por el momento no lo hacen*, y, puesto que es así, sería un crimen arruinar la economía nacional.»

En Alemania como en otras partes la economía nacional se identifica con la de los particulares. El Estado, lo es el Banco y la industria asociados contra la clase obrera, contra todos los que no forman parte de lo que se ha convenido en llamar la clase directora.

Las palabras de Hitler respecto al cometido de la clase obrera no son menos características:

«La masa obrera no quiere otra cosa que «pan» y los juegos de circo». Carece de ideales, y no tenemos ninguna esperanza de sumarla a nosotros en una gran proporción. Debemos escoger gentes de un nuevo estrato social, amos, que no ajusten su conducta con arreglo a una moral de la piedad, sino que se percaten de que *como miembros de una raza mejor, tienen derecho a reinar, a afirmar y a mantener su reinado sin gustar ceremonias ni contemplaciones.*»

No se puede ser más cínico. Los trabajadores alemanes quedan advertidos; desgraciadamente la miseria puede engañar a bastantes de entre ellos al extremo de convertirse en auxiliares de Hitler y de asegurar por medio de la estaca y de la metralla el triunfo de los «mejores». Sabido es adónde puede conducir eso.

Y el desprecio manifestado con respecto a las masas obreras atestigua que se la cree propicia a todas las bajezas patrióticas y madura para todas las represiones. Sin embargo, es prejuzgar a la ligera querer vender la piel del oso antes de haberlo cazado, lo que expone a grandes sorpresas.

BERNARDO ANDRE

(1) Véase *Lu*, n.º del 22 de enero.

“ORTO”

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Ante el formidable estremecimiento que agita al mundo, y vista la necesidad en que se encuentran las nuevas fuerzas sociales de poseer un órgano supervisor que desembra el horizonte y anuncie la nueva aurora, hemos pensado publicar esta revista mensual, la cual se dedicará por entero a la crítica analítica de la sociedad actual y a la preparación, a la construcción del nuevo edificio que pugna por levantarse.

En medio del forcejeo y de la pasión que los contendientes ponen en la lucha por la más práctica y rápida emancipación, «Orto» vendrá a ser el remanso sereno y objetivo en donde los hombres sacien su sed de conocimientos sociales y se instruyan y recojan los materiales necesarios para edificar la nueva vida.

«Orto» sale en un momento de franca y decidida lucha por la transformación de algo que pugna con los deseos y sentimientos de una gran parte de la humanidad. Por ello, tratará de recoger en sus páginas todas las manifestaciones del mundo, dedicando gran parte de su espacio a las convulsiones económicas y sus nuevas directrices; reunirá las cifras y las proyectará en un plano de íntima cordialidad, haciendo de la estadística una ciencia para la emancipación del hombre; pasará revista al pensamiento filosófico y destruirá lo que en él haya de partidista o dogmático; la religión la relacionará con la Economía y la Historia, para colocarla, limpia y desnuda, en el lugar apartado y último que le corresponde. De la misma manera, buscará en el Arte, la Ciencia, la Literatura y la Historia, todo lo que haya de más humano y liberal para ofrecérselo al hombre y que le facilite el camino espinoso y oscuro de su liberación.

«Orto» pretenderá ser un vivero indispensable de documentación para todo aquel que quiere ver claro y hondo en el intrincado laberinto de los problemas sociales y desee informarse sobre el período de transición y construcción de la Nueva Era.

Que la masa comprenda. Que enriquezca su sensibilidad. Que piense con rectitud. Que proceda certeramente.

Eso es lo que pretendemos.

Y, sobre todo, exacerbar en el hombre el sentido de humanidad, amplio y generoso, indispensable para aquel que siente el anhelo de lo justo y sabe perdonar por su comprensión y por su superioridad moral.

Vamos, pues, a unificar la técnica y la ética; al producto, con el hombre; al productor, con el ciudadano, en fuerte abrazo, para que no puedan ya separarlos todos los magnates de la tierra, con su poder omnímodo.

Pretendemos hacer un hombre nuevo para una sociedad nueva.

El tiempo y la ayuda de los hombres lo dirá.

Su aparición tendrá lugar en breve, y en otro número anunciaremos la lista de sus colaboradores y precio de la revista.

RAMÓN J. SENDER

La República y la cuestión religiosa

64 páginas **40 céntimos**

En un número pasado anunciamos la aparición de este folleto. Mas habiéndose completado por el autor con tres nuevos capítulos, modificamos el precio. Este será de **40 céntimos ejemplar.** Pidiendo de veinte ejemplares en adelante, 25 por 100 de descuento.

La libertad en la sociedad anarquista

II

En la vida toda, ningún ser humano es completamente libre. Pero hay dos modos de cercenar su libertad o de sufrir su cercenamiento. Uno consiste en aislarse del resto de sus semejantes, enfrentando solo las dificultades o la hostilidad del ambiente natural; otro en luchar contra el ambiente natural y en utilizarlo, amparándose en la mutua protección que ofrecen las agrupaciones de la propia especie.

Como seres vivientes, debemos cumplir, para no desaparecer, una larga serie de actos. Casi todos son posibles gracias a la existencia en grupos. El solo hecho de nacer implica ya la unión anterior de dos seres. El individuo arranca, pues, del grupo, y del grupo obtiene el más feroz de los individualistas todo el elemento cultural, y el mayor o menor bienestar material que le permite entregarse a sus meditaciones filosóficas.

De la pareja humana que le ha dado el ser, la madre es la que cumple la misión más larga y penosa. ¿Han pensado los que hablan de la libertad absoluta, que mientras ella le llevaba en las entrañas, mientras le amamantaba, le atendía, como hacen todas las hembras mamíferas, ella no estaba libre? He aquí ya, para la mitad del género humano, una fuerte restricción a la libertad. Y esa restricción domina, en sus múltiples manifestaciones, la mayor parte de su existencia.

Tomemos, dentro de la cortedad del pensamiento de quienes nos ocupamos, el solo individuo ya masculino, dejando toda la parte de su niñez y de su adolescencia, de la que tampoco se ocupan. Imaginemos a ese individuo masculino y maduro totalmente aislado de la sociedad, en medio de la naturaleza, pero no de la naturaleza domesticada por los hombres, por la civilización humana, sino de la que encontraron y encuentran aún los primitivos o los civilizados que la hollan por primera vez. Ese individuo deberá comer, porque por libre que quiera ser no se ha libertado aún de esta necesidad, a no ser que se resigne a morir, en cuyo caso no hay problema de ninguna clase. Para comer deberá cazar, pescar, porque generalmente ni las frutas silvestres son buenas. Los que imaginan ese idilio con la naturaleza virgen olvidan que sin los injertos, sin un cultivo inteligente y paciente del hombre, la mayor parte de las frutas repugnan a nuestro paladar. Ese individuo deberá también, como lo han hecho nuestros antepasados, luchar contra las fieras —hienas de las cavernas, osos gigantescos, tigres de dientes de sable, bisonte, etc. Deberá luchar contra los insectos venenosos o no, resguardarse contra las lluvias, los huracanes, etc. Ni de noche ni de día estará tranquilo como no lo estuvieron nuestros antepasados, cuyas osamentas encontramos en las grutas antiguas. Y su soledad, máxime si se trata de un individuo de la sociedad actual, le resultará insoportable.

Ese individuo, ¿sería libre? Indudablemente no. Y es preferible la sociedad actual, con todos sus defectos, a una «independencia» del hombre tan absoluta, dentro de una dependencia de la naturaleza tan completa.

Cuanto se conoce en la zoología y en la antropología nos demuestra que por necesidad, por instinto de defensa individual, los animales y los hombres se han reunido siempre en comunidades para cazar, vivir, emigrar, divertirse.

Podríamos agregar los requerimientos subjetivos, como la necesidad sexual, la más apremiante después de comer, aun cuando su mecanismo arranca de circunstancias ajenas a nuestra voluntad, lo cual demuestra cuán poco libres somos. Sufrir necesidades apremiantes no es ya ser libre. El individuo realmente libre sería el que pudiera dirigir todo el funcionamiento de sus vísceras, de su pensamiento, de sus sentimientos, de sus emociones, de sus instintos. Y aun ese poder de dirección no dependería de él, sino de fuerzas en las cuales no podría intervenir. No vale la pena detenerse por el momento sobre semejantes sueños. Pero señalemos una razón primera de las existentes: por el solo hecho de haber nacido sin que para nada interviniera su voluntad, cosa imposible en el mecanismo de la vida, y por haber nacido de antemano condicionado por una forma corporal y una organización funcional determinada, ningún ser viviente es ni puede ser libre.

La muerte no depende tampoco de nosotros, fuera del suicidio. Estamos sujetos a las acciones y reacciones de la vida universal de la cual somos sólo un accidente. El más grande de los superhombres ni dejará de comer, ni dejará de morir.

Sentado el hecho de que ningún individuo escapa al determinismo de la tierra y del cosmos, y que desde este punto de vista nadie es realmente libre, examinemos el problema desde el punto de vista de la sociedad humana.

Para disminuir en lo posible la esclavitud que la naturaleza hace pesar sobre él, y para satisfacer sus necesidades numerosas y de todo orden, el hombre, lo mismo que los animales, se asocia. Toda la historia del hombre es la de la horda, del clan, de la tribu, de los pueblos. La historia del hombre aislado no existe. En el interior de cada comunidad había mayor o menor libertad, pero siempre unión del hombre con el hombre. Y, no lo olvidemos, unión del hombre con la mujer—cualesquiera que fuesen las formas del matrimonio, y de la mujer con los hijos. Está, pues, fuera de discusión que la vida colectiva es inevitable. No es resultado de la voluntad de déspotas aislados, o de ideólogos autoritarios. Es una consecuencia natural de las necesidades individuales en todas las latitudes, en todas las especies. Para demostrarlo y ensalzarlo ha escrito Kropotkin «El Apoyo Mutuo».

* *

Cuando hablamos, por lo tanto, de sociedad anarquista, con el concepto claro de lo que realmente es la sociedad, es decir un conjunto de seres que coordinan su vida para beneficiarse de esa coordinación, desaparece forzosamente de nuestra visión mental el individuo aislado. Concebimos esa sociedad como un vasto número de hombres, mujeres y niños, que comerían, vestirían, se abrigarían, habitarían viviendas, se divertirían, viajarían, se amarían, se instruirían, investigarían, se reproducirían. Que cumplirían, en una palabra, todas las funciones inherentes a su naturaleza, funciones tanto más complicadas cuanto más hubiera evolucionado el tipo humano de aquel mundo, en la sociedad más perfecta.

No puede, pues, interesarnos ni interesar a nadie que quiere transformar la sociedad o contribuir a transformarla, el individuo aislado, el anormal que rechaza teóricamente la sociabilidad cuando ha de aportarle su esfuerzo, pero que acepta sus frutos. En cambio, nos importa mucho que cuando se habla en nombre de la anarquía y de la vida futura, se lo haga con la comprensión de lo que esa vida sería en todas sus manifestaciones.

GASTÓN LEVAL

Una determinación

No intentaré una explicación complicada. Porque ni ahora es el momento adecuado, ni ello es posible hacerlo en las reducidas dimensiones que he de dar a esta nota. Y en estos momentos no han de complicarse las cosas con muchas palabras.

Porque no estoy de acuerdo con el desenvolvimiento del Sindicato al que pertenezco, ni con el desarrollo de los acontecimientos, ante los cuales la C. N. T. es siempre juguete de maniobras extrañas a ella, y porque no puedo, ni debo, ni quiero compartir un minuto más la responsabilidad que pudiera caberme como militante, desde este momento quedo al margen de la Confederación con plena y absoluta independencia de mis actos.

En silencio, siguiendo la corriente del montón, esperaré que llegue la hora de los «reformistas», de los «moderados», que a no dudar ha de llegar.

Mientras, ahí está mi puesto para que sea ocupado por los compañeros más iluminados, más revolucionarios, más activos dispuestos a dotar de fuerza y vigor a los Sindicatos. No quiero serles un estorbo.

JUAN LOPEZ

BIBLIOTECA VÉRTICE BARCELONA

2 Libros

incuestionablemente reconocidos como los mejores para obtener una sana orientación, un exacto conocimiento histórico y fundamental de las luchas sociales y una clara afirmación de las ideas impresas en la misma lucha:

Mi Comunismo

de Sebastián Faure, y el 1er. tomo de

EL PROLETARIADO MILITANTE

de Anselmo Lorenzo.

Cada libro de 540 y 300 p. respectivamente, **3'50** Pesetas

Desde 5 ejs. el *25* por 100

Pedidos: Vértice - Llobet, 13 Barna.

Pídasenos Catálogo de folletos con más de 40 títulos

Tip. Cosmos.—Urgel, 42. Teléf. 33657.—Barcelona